recuerdos que me sujetó suspendido sobre el borde del precipicio.

Mi conversion fué, como todo lo que aquí abajo sucede, obra bondadosa de Dios, que habia comenzado á prepararla en el lecho de agonía de mi padre muchos años ántes de mi caida; y en la hora terrible en que yo pedia misericordia en el supremo esfuerzo de mi conciencia, allí estaba mi padre, y mi madre tambien estaba allí. Y todos los muertos que me eran queridos me rodeaban...

VII

LA EXTREMA-UNCION Y EL VIATICO

JUAN se detuvo aquí para decirme:

—Ya son las doce de la noche: si estás cansado, continuaremos otro dia; pero te prevengo que no acortaré la relacion, porque ésta es la hora más grande de mi vida.

—Te escucho, le respondí, continúa.

—¿Te interesa?

—Sí.

—Lo escribirás.

—No; por ahora no.

—Así me gusta, me dijo apretándome la mano. ¿No me lo habias ya prometido? Para tocar á estas cosas no basta tener talento, ni aun siquiera tener respeto: es necesario tener fé.

Y continuó en seguida:

—El Sr. Jamond, despues de haber concluido las oraciones y hecho las genuflexiones ante el Santísimo Sacramento, tomó la primera bolita de algodon y la mojó en el óleo consagrado para empezar las unciones. En medio del quebrantamiento doloroso de todo mi sér sentia

yo cierta curiosidad: jamás habia asistido á una ceremonia tan solemne; pero debo añadir que, léjos de darme consuelo, todos los detalles de esta escena eran para mí igualmente desgarradores.

En realidad, yo no conocia mucho mejor á Dios que á la muerte.

Hacia ya mucho tiempo que me enseñaban el Catecismo, y la letra la sabia bastante bien; pero las explicaciones me fastidiaban, y el tragin de la vida piadosa no me entraba, por más que siempre me tuviera, puede decirse, rodeado.

Hay niños naturalmente piadosos que rezan como ángeles; pero yo rezaba para conseguir ésto ó aquello, del mismo modo que era juicioso para lograr la recompensa. Lo mejor que habia en mí era la ignorancia completa de todo mal: tenia ademas mucha ternura para aquellos que me amaban tan afectuosamente; pero estoy seguro que ni una partecica de aquella ternura tendia hácia Dios más que de palabra.

Cuando tenia muchas ganas de alguna cosa, se la pedia á Dios con un ardor que estaba en proporcion exacta de mi deseo. ¡Con qué entusiasmo solia ofrecer mi corazon á Dios la víspera de los dias de campo para que hiciera buen tiempo! Mas si llovia, me enfadaba con Dios y con la oracion: mi rencor era algunas veces muy fuerte; y la palabra *resignacion*, que ya comprendia de sobra bien á fuerza de odiarla, expresaba para mí una idea enteramente enemiga.

Sobre este punto, el fondo de mi teología se resumia en esta cuestion:

¿De qué puede servir una oracion que no es atendida?

¿No te pasa á tí lo mismo? Lo digo por que he hallado en el curso de mi vida una gran mayoría de niños viejos, que no diré que razonaran así, pero que obraban ó dejaban de obrar con arreglo á esta manera disparatada de discurrir.

Pues bien, allí, en aquella estancia de agonía, en presencia de aquellas terribles preces que significaban principalmente la detestada resignacion, que aceptaban la muerte en vez de rechazarla, que la preparaban en lugar de combatirla, permanecia yo separado de la intencion general, siguiendo con avidez las funciones sacramentales desempeñadas por el señor cura. Parecíame que los demas abandonaban á mi padre, no rogando sino por su muerte.

—¡Lo que es yo rezo porque viva,—dije segunda vez al oido de Cárlos, abismado en su fervor;—nada más que porque viva! ¡Ah, yo le quiero!

—Reza como tú quieras, me respondió mi hermano; Dios, que es la bondad misma, aceptará lo que haya de bueno en tu oracion; pero cállate, que ésto es un Sacramento.

Ya lo sabia yo, y sin embargo, la palabra me dió en qué pensar, pues me hizo bajar la cabeza con más respeto. Escuchaba con atencion, procurando entender bien el sentido de aquellas fórmulas latinas que eran algo más que oraciones, y que consagraban, como otro bautismo, el alma presta á separarse del cuerpo para nacer á la vida inmortal.

Cierto es que entónces no me venian en mientes semejantes expresiones; pero acaso sentia, más viva de lo

que puedo expresarlo, aquesta nocion tan superior á mi edad.

El señor cura tocaba con una mano los párpados cerrados de mi padre, y con la otra tenia el libro donde leia en alta voz: *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam indulgeat tibi Deus quidquid per visum deliquisti.* Mientras que el sacristan, primero, y despues todos los presentes, respondian *Amen*, los lábios de mi padre experimentaron un movimiento dulce y suave como si hubieran pronunciado esta misma palabra. Para mí fué como si se la hubiera oido.

Yo dije *Amen* con los demas. ¡Oh, qué deseo tenia de abrazarle!

—Jesus mio, buen Jesus, decia yo interiormente; vedme aquí bien arrepentido y humilde; perdonadme: ésto es un sacramento... Mas si quisierais la mitad de mi vida por dejarle con nosotros..... Si quisierais toda mi vida.....

¿Y qué pecados habian cometido aquellos ojos que me sonreian todavía aquel dia mismo por la mañana?

Habíales yo visto con harta frecuencia enrojecidos tras de largas vigilias, y mi madre me habia dicho muchísimas veces:

—Les fatiga para ganarte el pan.

Tanto, que un dia llegué á formar intencion de no volver á comer más para descargar los ojos de mi padre.

—¡Pecados, Dios mio! me decia yo; ¡si no ha pecado nunca! Mi madre y él son en la tierra lo que Vos sois en el cielo. ¡Dejadle con nosotros: yo os lo pediré de dia, os lo pediré de noche, os lo pediré siempre! ¡Oh, dulce Jesus mio, qué más puedo yo daros que á mí mismo!

Con otra motita de algodon empapada tocó el Sr. Jamond las dos orejas del enfermo, y dijo: *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam indulgeat tibi Deus quidquid per auditum deliquisti.*

En tanto que todo el mundo respondia *Amen*, y el doctor consultaba el pulso una vez más, yo decia:

—*¡Amen, amen!* ¡Oh, Padre mio de los cielos, tened piedad de mi padre mortal! Yo os amo: hay que amaros sobre todas las cosas... Pero á él, Dios mio, á quien Vos mismo nos habíais dado para ser nuestro corazon y nuestra dicha...

Mis ojos se encontraron con los ojos de mi madre, que levantaba al cielo las manos juntas de donde pendia su rosario. ¿Habrá jamás palabras con que decir lo que se veia en sus lágrimas? Yo sabia que ella invocaba entónces la agonía del Salvador, y Cárlos, con la frente casi tocando á la tierra, murmuraba el canto profético de David: *Han taladrado mis manos y mis piés, y se pueden contar todos mis huesos.*

¡Oh, Mártir divino! Yo pensaba en mi padre de aquí abajo, en mi pobre padre; yo procuraba á finas veras amaros sobre todas las cosas ¡oh, gran Dios! pero mi padre...

El sacerdote habia ungido los lábios cerrados, y decia concluyendo la cuarta uncion... *indulgeat tibi Deus quidquid per gustum et per locutionem deliquisti.*

Así sea.—¡El pecado, otra vez el pecado, siempre el pecado: en todo aquello que nos ha dado vuestra bondad, ¡oh, Creador! en todos nuestros sentidos, en todos nuestros poros! La mancha es incesante y seria preciso que la purificacion fuera eterna. Pecado por las manos,

que hicieron el mal y combatieron el bien; pecado por los piés, que se alejaron del bien para correr al mal...

Yo, niño ignorante y rebelde como era, no pensaba entónces de este modo; no veia más que la vida misma de mi padre, y no queria nada de Dios, sino la prolongacion de sus dias; así lo creia yo al ménos, pues tenia miedo de mí, y me asaltaba la idea de que era un impío; pero me engañaba, y la divina bondad se sonreia ante el error de mi congoja. La uncion de la verdad penetraba en mí sin que yo lo advirtiera; al través de la blasfemia simplecilla de mi ternura filial, se deslizaba silenciosamente el gérmen de la fé...

El señor cura ungió las manos, y luego los piés, llamando el perdon de una extremidad á la otra de este pobre cuerpo, instrumento de nuestras flaquezas, y causa de nuestras caidas. ¡Así sea! ¡Así sea!

Y luego, despues de haberse apartado del lecho para lavarse las manos, volvió de nuevo, y entónces comprendí yo muy bien que la obstinacion de mis súplicas y de mi esperanza no era un crímen, oyendo la oracion admirable que recitaba con todo su corazon: "¡Oh, Dios y Señor, que por boca de vuestro Apóstol Santiago nos habeis dicho: *Si alguno está enfermo entre vosotros, que llame á los presbíteros de la Iglesia, y recen sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oracion de la fé salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y si tiene pecados, le serán perdonados:* os rogamos, Redentor nuestro, que por la gracia del Espíritu Santo cureis las dolencias de... (aquí los nombres de mi padre), le concedais plenamente la salud del alma y la del cuerpo para que, fortalecido y salvo por vuestro misericordioso auxilio, pueda daros gracias al pié de los altares!..." Mientras el Sr. Jamond rogaba así, los párpados cerrados de mi padre se abrieron tan grandes como eran, y yo ví sus carísimas miradas de otras veces buscar á los que amaba.

—¡Vírgen! ¡Vírgen Santísima! balbuceó mi madre.

Yo me arrojé al cuello de Cárlos, que lloraba á lágrima viva, y decia pensando en su voto:

—¡De rodillas... iré de rodillas!

Pero el semblante del doctor Olivier estaba sombrío, y cuando la mirada de mi padre cruzó por la suya, observé que hacia un gran esfuerzo para sonreir.

—Hé aquí, dijo el señor cura, que habia cogido el Crucifijo entre sus manos para presentársele al enfermo despues de haber doblado la rodilla; hé aquí la imágen de la Cruz, sobre la que Jesucristo Nuestro Señor ha sufrido la muerte para rescatarnos de las penas eternas; respondedme, ¿lo creeis?

—Sí, lo creo, dijo mi padre con voz débil, pero muy perceptible.

Y al mismo tiempo se incorporó sin ayuda de nadie, para tocar con sus lábios los piés del Crucifijo.

—¿Unís, repuso el Sr. Jamond, cuyo acento denunciaba su emocion profunda; unís vuestros sufrimientos á los del divino Salvador?

—Sí, padre mio.

—¿Poneis en él toda vuestra confianza con una completa sumision á su voluntad?

—Sí, padre.

El Sr. Jamond hizo con el Crucifijo la señal de la cruz sobre el enfermo, diciendo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La ceremonia por lo tocante á la Extrema Uncion, habia concluido. Verificóse entónces un movimiento en la concurrencia... Oia yo perfectamente las palabras de esperanza que se cruzaban; y fué menester hacer callar á Juliana, cuya alegría era demasiado extrepitosa.

Mi madre, que se habia acercado á la cabecera, sonreia y lloraba todo á un tiempo, y formaba con mis dos hermanas un grupo que estaré viendo hasta el útimo dia de mi vida. El señor cura formó por un momento parte de aquel grupo, y yo iba tambien á introducirme allá, cuando me detuvo Cárlos. El Sr. Olivier se acercó al señor cura por detrás, y le habló al oido.

Un oscuro velo anubló de súbito el semblante ya tranquilo del buen sacerdote.

—¿Qué es? pregunté yo con el corazon oprimido como por un tornique.

—Es, me respondió Cárlos con voz temblorosa, que el doctor es de parecer de que conviene apresurarse á darle el Santo Viático.

—¡Apresurarse! exclamé yo; pero ¿por qué apresurarse? Mejor harian en dejarle respirar; mira, cada vez tiene mejor traza.

Y era verdad; en aquel momento mismo tendia papá una de las manos á mi madre y la otra á mi hermana mayor, y oia yo decir á Juliana:

—Los miles y cientos de personas que llenan toda la calle desde el rio hasta la plaza, se habrán al fin molestado para nada. Esto no habrá servido más que para

que se vea cómo se le quiere en la ciudad á mi amo. Pobre soy, pero así y todo, he de hacer arder una vela bien grande.

El señor cura estrechó la mano del doctor como para darle las gracias, y seguido del sacristan, se dirigió hácia una mesa dispuesta en forma de altar, y habiéndose arrodillado ante el Santísimo Sacramento, permaneció un instante en oracion. Mi madre dijo:

—Guardemos recogimiento que va á comulgar.

Todo el mundo se prosternó inmediatamente, y el señor cura comenzó en seguida á recitar en voz alta: "*Salvum fac servum tuum, Domine*"; el sacristan respondió: "*Deus meus sperantem in te.*"

A una con el sacristan pronunció mi padre la respuesta, y cuando el Sr. Jamond llegó al versículo *Domine exaudi orationem mean*, á mi padre fué á quien mejor le oí responder con un fervor profundo: *Et clamor meus ad te veniat.*

Ahora que mi padre hablaba, todas las cosas se me presentaban bajo un nuevo aspecto. Nueva luz iluminaba mi corazon ensanchado y fortalecido. El hecho de ver á aquel dueño tan amado de nuestra casa tomar con valor y sencillez un papel activo en el drama de su adios á la vida, me maravillaba, me enternecia, y me hacia entrar en razon; pues mi inteligencia de niño, extraña hasta entónces á la idea de la muerte (por más que se me hubiera hablado de la muerte mil veces), y cuya idea acababa de concebir de repente con un sentimiento de odio y de horror sin límites, entrevió en aquella hora lo que hay más allá y por encima de la muerte. Tuve entónces conciencia del alma imperecedera de otro modo

que de palabra, y aunque en confuso, la verdadera grandeza de Dios pasó en lontananza por ante mis ojos como un relámpago al través de la niebla.

¿Me hago entender bien? Todo ésto de que voy hablando existia ya en mí, pero sólo á manera de estribillos y de lecciones aprendidas de memoria. Estaba, por decirlo así, lleno de fórmulas. Los niños que viven, como me sucedia á mí, en una atmósfera saturada de fé, pueden estar al corriente de todas las palabras y permanecer léjos de la idea. No han tenido necesidad de traducir las palabras.

Se da con frecuencia una especie de sueño en las almas tiernas que viven de la verdad, y para quienes la verdad forma como el aire respirable, sin choques, sin sustos, sin anhelos. Dios está en ellas y todo en redor de ellas, como llenándolas y circundándolas de contínuo; Dios á quien no han buscado nunca, porque nunca las ha faltado; le aman si han recibido el don precioso de la piedad, pero le aman teórica, poéticamente, por el lado blando y encantador de las ternuras católicas; le aman en la dulzura de los cánticos, en las flores del mes de María, en el himno de la Noche-Buena levanta en derredor del pesebre, y en el resplandor de esos rayos benditos que la procesion lleva en triunfo por las naves entre arrobamientos y armonías.

Para los niños católicos hay casi dos Dioses: el niño Jesus, sonriente en los brazos de su Madre Inmaculada, y el Jesus de la Cruz, que llora, que padece y que se eleva en el aire.

Y es así verdad, porque uno y otro son Dios; pero ni es toda la verdad, ni son todo nuestro Dios.

¡Ah, Señor! Yo tenia diez años cuando os conocí de improviso. ¡Oh, Dios del sacrificio terrible y del inmenso consuelo! Yo tenia diez años, y ciertamente os amaba mucho, divino pequeñuelo sonrosado, sonrisa amantísima de María, á quien se quiere siempre la primera.

Vos permitís ésto, Jesus mio; Vos lo quereis. Os place que los corazones, intimidados por el fulgurante resplandor de vuestras glorias, se acojan primero bajo el ala angelical de vuestra Madre.

Yo tenia diez años y vivia lleno de Vos en una santa casa que era toda vuestra; pero casi no sabia quien érais porque me lo decian continuamente, y yo no lo escuchaba ya á fuerza de oirlo.

Yo os ví con un extremecimiento sin nombre, pero con una confianza inaudita, clavado en la Cruz que tocaba los lábios pálidos de mi padre. Me sentí rodeado de Vos y traspasado y penetrado hasta lo más recóndito de mi alma; y ¿por qué no habrá de creerseme?... lo diré como sucedió. La tan elevada nocion del nacimiento en la muerte, surgió en mí con una claridad, si no perfecta, suficiente á lo ménos, en el instante mismo en que os descubrí. Aquel lecho de agonía se me presentó realmente como una cuna; dejé de obstinarme en mi aborrecimiento de la muerte, y hubo un momento en que recé con todos los cristianos que estaban allí, por el grande por el único objeto de la oracion cristiana, por la vida que nace de la muerte.

He dicho un momento, porque efectivamente aquello no fué más que un momento. Yo tenia diez años, y cla-

ro es que no habia de hacerme hombre en un minuto; pero aquel momento en que ví á Dios, al Dios de los hombres, que les presenta su Cruz y la salvacion de su Cruz, fué precioso, aunque pasajero, y dejó dentro de mí una marca indeleble, una herida profunda, un jalon que ha sido el primero de mi camino.

La voz de nuestro cura, fervorosa y concentrando toda la emocion de su cariñosa amistad, proseguia: "Oremos:—¡Oh, Dios, único apoyo de la humana flaqueza! Extended vuestra poderosa proteccion sobre la debilidad de vuestro siervo para que por vuestra tierna piedad y por vuestra gracia fecunda reciba, como provision de viaje, el cuerpo de Jesucristo, vuestro Hijo, que siendo Dios vive con vos y reina en unidad del Espíritu Santo."

Mi padre respondió tambien ahora el primero de todos: "Así sea." Tambien reconocí entre las demas la voz demudada del doctor, que tenia una rodilla en tierra y se ocultaba detras de mi madre.

El Sr. Jamond se volvió hácia la cama.

Era el momento de la exhortacion. Con los ojos humedecidos y la palabra temblorosa, nuestro venerable amigo dijo sencillamente: "Hermano mio, habeis sido entre nosotros el ejemplo de las virtudes cristianas y el más perfecto modelo de la honradez y del honor; pero ¿qué es nuestro honor á los piés de Jesucristo? ¿Y qué son nuestras virtudes ante las perfecciones del divino Maestro? Hermano mio, y mi amigo, corazon carísimo en quien he puesto mi mejor amistad sobre la tierra, hijo mio en nuestro Señor Jesucristo, hijo mio amadísimo, sois hombre y habeis pecado. Elevad vuestro arrepentimiento hasta el Corazon de Jesus, que os ve que os

ama y que va á prestaros su ayuda para vivir ó para morir. Erais, hermano mio... iba á deciros que érais el alma de esta pobre mansion afligida; pero ésto no es cierto: no hay más que una alma para todas las casas, y es el alma inefable de la misericordiosa y augustísima Trinidad. Si Jesus no escucha nuestras ardientes súplicas; si sois separado de los que os aman y á quienes amais, el alma de vuestra casa quedará en vuestra casa, y glorioso como estareis junto á las gradas del trono celestial, vereis vivir entre vuestros hijos y en la conciencia de vuestra santa esposa vuestro ejemplo y vuestro recuerdo. Vos sois aquel de quien Dios ha dicho por boca del Profeta; *Bienaventurado el hombre que teme al Señor; la descendencia de los justos será bendecida.* Recogeos, hijo mio querido, interiormente; voy á daros la comunion."

Mi padre dijo:

—Muchísimas gracias, padre mio y mi amigo. Imploro la misericordia de Dios en el cielo, y pido perdon á todos aquellos á quienes he ofendido en la tierra.

Y como mi madre se aproximase para ponerle entre las manos el paño de la Comunion, la atrajo hácia así, la besó y la dijo: Perdóname por todos.

El Sr. Jamond tomó el Santísimo Sacramento de sobre el altar, y despues de haber recitado de nuevo la confesion, elevó la hostia redentora sobre el copon, y dijo: *Hé aquí el Cordero de Dios; hé aqui el que quita los pecados del mundo;* y repitió por tres veces las palabras del Centurion: *Señor mio Jesucristo, yo no soy digno de que vuestra divina magestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra divina palabra, mis pecados sean perdonados y mi alma sea sana y salva.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La belleza de las ceremonias de nuestra Iglesia católica está en poner constantemente en accion la milagrosa vida de Jesus: nuestras oraciones son la historia de nuestro Dios.

Mi padre se habia incorporado y mamá le sostenia por detrás; golpeóse el pecho todas tres veces, y pudo sostener sin ayuda de nadie el paño extendido debajo de la barba.

—Verdaderamente está mejor, murmuró Cárlos detrás de mí, que sin pensar me habia adelantado.

Y todavía me suena en los oidos la frase de nuestra Juliana, que no podia contener la lengua y cuchicheaba entre un grupo de vecinas:

—*Por esta vez, todo va á quedar en conversacion.*

¡Pobre mujer! Hubiérase sorprendido no poco si se la hubiera acusado de irreverencia.

Tambien yo estaba maravillado del buen aspecto de mi padre; pero la idea de la muerte, que tanto trabajo la habia costado entrar en mí, habia hecho asiento ya, y el peso enorme que me oprimia el pecho permanecia inmovible.

El Sr. Jamond presentó á mi padre la hostia diciéndole: *Recibid, hermano mio, el Viático del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para que os guarde contra el enemigo y os conduzca á la vida eterna.*

Y los lábios de mi padre volvieron á cerrarse sobre el pan de los ángeles: sus párpados estaban medio entornados; dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y todo su semblante parecia bañado en un gozo indecible.

Dominus fortitudo mea, dijo el Sr. Jamond volviendo á colocar el Santísimo Sacramento sobre el altar; y

nosotros respondimos: *Quoniam ab eo salutare meum.* Antes de la postrera oracion, y en tanto que el Sr. Jamond adoraba en silencio, elevóse la voz de mi padre como reprimida. Parecia ceder á una necesidad, pero al mismo tiempo vacilaba en introducir aquí lo que el uso de la Iglesia no ha prescrito. Mi madre le habia puesto de nuevo la cabeza sobre la almohada; dirigió él hácia el cielo sus miradas llenas de tierno reconocimiento, y el cántico de accion de gracias de la Vírgen Madre se exhaló dulcemente de sus lábios: "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se exalta de alegría en el seno de Dios mi Salvador."

Mi madre primero, y mis hermanas despues, y luego todos nosotros repetimos el prolongado grito profético de bendicion arrancado á las entrañas de María por el misterio que vivia en su seno; y los versículos del *Magnificat*, recitados á coro, pasaron como una aura divina sobre nuestras frentes inclinadas.

Mi padre, que habia tenido las manos extendidas, volvió á cruzarlas sobre su pecho, y el Sr. Jamond, despues de haber recitado el último *Oremus*, le hizo sobre la frente la señal del cristiano diciendo: *La bendicion de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vos, y permanezca siempre.*